

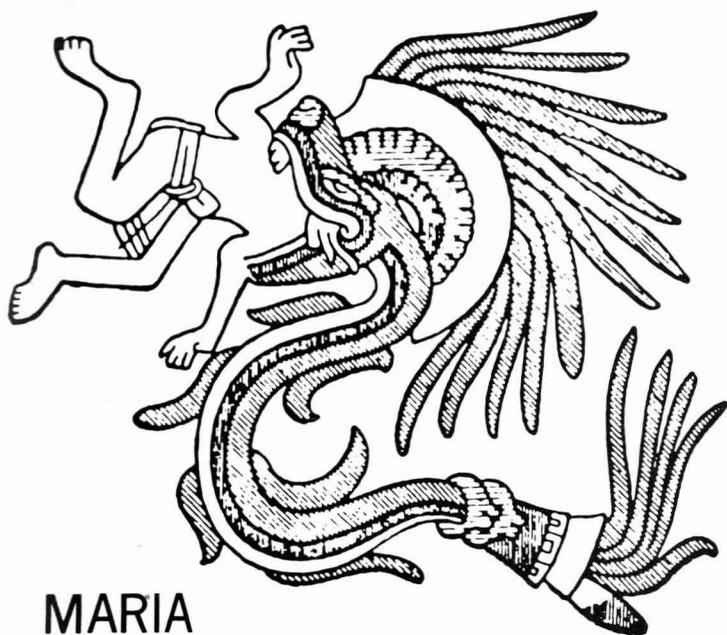
HISTORIA

DESCONOCIDA

DE LOS

CODICES

MEXICANOS



MARIA
STEN

Cuando el señor Joseph Marius Alexis Aubin¹, ex profesor de la Escuela Superior de París, iba a salir definitivamente de México en el año 1840, temeroso de que los empleados de la aduana de Veracruz le recogieran los antiguos documentos mexicanos que llevaba consigo, les arrancó páginas, les borró sellos y fechas e introdujo tal desorden en su cargamento que nunca pudo remediarlo. Pero gracias a esa precaución pudo sacar de México uno de los más valiosos tesoros de la cultura mexicana y trasladarlo a París, donde quedó para siempre.

El saqueo y la exportación de obras de arte y documentos históricos es cosa de todos los países. Sin embargo, el saqueo de Los "libros pintados", los códices de México, no tiene igual. La historia de los códices, que con la arqueología constituyen la fuente principal para conocer la vida de los antiguos mexicanos, es digna de la pluma de una Agatha Christie o un Conan Doyle. Quince² códices mexicanos se encuentran en París, tres en Madrid, cinco en la biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford, cuatro en la del Vaticano, tres en Viena, dos en Florencia; y las bibliotecas públicas de Liverpool, Dresde, Bolonia, Nueva York, Berlín, Nueva Orleans y Basilea poseen uno cada una.

La historia de los códices mexicanos puede dar la trama de una buena novela policiaca. Una novela cuyo autor es siempre anónimo y cuyo contenido ha sido desconocido durante siglos y después considerado sin valor por algunos sabios, y por otros como simples y ridículos dibujos para niños, o como jeroglíficos orientales... Las vicisitudes de cada códice pueden servir de argumento a una película en la que James Bond hiciera el papel de un sabio encarcelado, atacado por piratas o víctimas del delirio de persecución.

¿Qué son los "libros pintados"?

Trabajos pictóricos, con comentarios en lenguas nativas pintados por mayas, aztecas y mixtecos —en menor número por tarascos y otomíes— en tiras de piel raspada de venado o sobre corteza de amate (*Ficus Bonplandia*), y también en papel hecho de fibra de maguey, los códices constituyen una especie de memoranda escritos por sacerdotes y que sólo ellos eran capaces de descifrar³. Dobladados en forma de acordeón, tienen el aspecto de un álbum de dibujos lleno de figuras y símbolos. En 1519, a la llegada de los españoles, México se hallaba más o menos en la etapa de Egipto o de Sumeria del año 3 000 antes de nuestra era, y por tanto su escritura no había llegado al grado de desarrollo de la de los egipcios o los chinos. En los códices, los hechos son representados por medio de imágenes. Así, la Conquista es representada por un templo en llamas, la muerte por un bulto mortuorio, el agua por un jarro del que mana un líquido que se abre en varios brazos que terminan en caracoles. El lugar del suceso se anotaba con el



LA MAL CASADA

(Códice Nuttal)



1
El primer encuentro de los novios: de la princesa 3 Pedernal y del príncipe 5 Flor. La cita ocurrió el año 7 Acatl o sea en el año 1499. El quechquemel con el caracol indica que la novia está consciente de su papel de la madre. El príncipe, como lo señalan las huellas de los pies, desciende directamente del cielo.

jeroglífico correspondiente. “Los nahuas por ejemplo poseían ideogramas adecuados para representar conceptos metafísicos, tales como el dios, simbolizado por un Sol; el de movimiento, el de la vida, etc. Tenían asimismo símbolos para indicar la noche, el día, el cielo. La palabra se representaba por una voluta que sale de la boca de quien habla”⁴.

También los colores tenían un significado simbólico: el blanco se relacionaba con el concepto de crepúsculo o de tiempo remoto; el rojo era sangre y fuego; el rojo y el negro: la escritura y el saber; el azul: metal o turquesa y también agua y lluvia, el rumbo del Sur. Una figura humana en amarillo designaba casi siempre el sexo femenino; el color morado: la realeza del tlatoani. Una fila de huellas de pies significaba un camino.

Los códices son históricos y religiosos, prehispánicos y posthispanicos. Unos tratan exclusivamente de la religión, de los dioses y de astronomía, y servían de base a los augurios; otros fijan hechos históricos, genealogías de familias reales, costumbres ligadas a la vida del hombre desde el nacimiento hasta la muerte. Hasta nuestros días, sólo han llegado tres códices mayas —el *Dresdensis*⁵, el *Peresianus*⁶ y el *Tro-Cortesianus*⁷—, trece mixtecas y nueve de origen azteca. Acerca del origen de estos últimos existen entre los estudiosos ciertas diferencias de opinión.⁸ Ninguno de los códices mayas relata hechos históricos; de los aztecas, solamente el *Boturini*⁹ lo hace. En contraste, los códices mixtecas relatan hechos ocurridos desde el año 692 hasta fines del siglo XVI. En la mayoría de los códices mixtecas se dan el nombre y el sobrenombre del rey, se dice el año en que nació y quiénes fueron sus padres, dónde reinó, cuándo se casó y quiénes fueron sus hijos y sus hermanos.

Tomando como base de comparación la pintura europea del Renacimiento, Donald Robertson¹⁰ compara los códices mayas con la escuela flamenca, los mixtecas con las obras de la escuela de Siena, y los códices aztecas con la florentina.

La mayoría de los códices fueron quemados por los misioneros españoles. Juan de Zumárraga¹¹ designado en 1547 primer arzobispo de México, se jacta en una carta de que las manos de sus monjes habían arrasado hasta entonces 500 templos indígenas y despedazado 20 000 ídolos. Fácil es imaginar cuántos códices, que ni siquiera le valieron una mención, fueron destruidos por el arzobispo. El obispo Diego de Landa¹² quemó públicamente, en 1562, en la ciudad de Maní —al sur de Mérida— los manuscritos mayas. El cronista mexicano Francisco Javier Clavijero¹³ escribe: “Los primeros misioneros sospechando superstición en todas ellas —las pinturas— las persiguieron a sangre y fuego; de cuantas pudieron haber a las manos en Tetzcuco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron un grandísimo montón y le pegaron fuego en la plaza de mercado.” Pero no fueron solamente los misioneros españoles los que quemaron la herencia de incalculable

valor de los pueblos indígenas. El cuarto rey azteca, Itzcóatl (1428-1478), decidió quemar parte de los antiguos códices, para dar a su pueblo una nueva versión de la historia azteca. Las pérdidas sufridas por las culturas mesoamericanas como resultado de este vandalismo son incalculables. En su libro *Las antiguas culturas mexicanas*, Walter Krickeberg¹⁴ escribe: “¡Imagínese el lector lo que significaría para la historia una pérdida tal de documentos respecto de la cultura de Egipto o de Mesopotamia!”

Por suerte algunos de los religiosos españoles, entre ellos Fray Bernardino de Sahagún,¹⁵ cuyo mayor mérito es haber procurado salvar la herencia cultural de los pueblos vencidos, comprendieron que la conversión de los indios al cristianismo sólo podía lograrse si los misioneros conocían con precisión la cultura y el pensamiento autóctonos. Gracias a él sus tres alumnos indígenas, Tezozómoc,¹⁸ Ixtlilxóchitl¹⁷ y Chimalpain¹⁸, recogieron a fines del siglo XVI las tradiciones y costumbres de sus familias. Sus obras, escritas originalmente en lengua náhuatl, se extraviaron desgraciadamente; pero se conservó, de las de los dos primeros, la versión española.

Muchos de los códices vieron la luz por vez primera a fines del siglo XIX, como el famoso *Becker I*, llamado también *El manuscrito del cacique*. Un indígena, cuyo nombre se ignora, al defender su derecho a un pedazo de tierra, se sirvió de él. Cuando ganó el pleito, su defensor, don Pascual Almazán, le pidió que en vez de dinero le pagara con el manuscrito. Pero el códice no lleva el nombre del indio que fue su primer dueño, ni el de su abogado, sino el de cierto señor Becker, de Darmstadt, que lo compró y lo donó al Museo de Ciencias Naturales de Viena. Apenas en 1945 fue encontrado en España otro códice. Su poseedora, doña Pilar Bermúdez de Castro, lo vendió después de un largo regateo al Museo de América.

Los códices son de distintos tamaños, y sus nombres son casuales. El códice *Dresdensis* tiene 20.5 x 8 cm.; el códice *Borbónico*¹⁹ consta de 36 páginas de papel de maguey, de 39 x 46 cm., mientras que el *Nuttal*, de 88 páginas, 11 metros por 22 cm. de altura, 18.8 cm. de largo, y el *Vindobonensis*²¹ 13 metros 55 cm. de largo, y tiene 104 páginas. Los nombres provienen, en la mayoría de los casos, del apellido de los propietarios o de los lugares donde se encuentran. Así el códice *Telleriano Remensis*²² fue propiedad del obispo de Reims, Charles Maurice Le Tellier; el códice *Humboldt*²³ es llamado así en homenaje al célebre viajero y etnógrafo, y el *Nuttal* recibió ese nombre porque lo encontró y lo estudió durante años la señora Zelia Nuttal.

El destino de los sabios

Hemos dicho ya cómo se llevó de México su colección de documentos históricos el matemático y astrónomo francés profesor



2
Siguiendo la costumbre, la bella princesa toma un baño ritual. Su cuerpo lo oculta una serpiente.

Joseph Marius Alexis Aubin. Como suele ocurrir, un hecho imprevisto cambió el destino de un hombre de ciencia. El señor Aubin llegó de Francia a México para hacer ciertas investigaciones astronómicas, pero en el largo viaje se le extraviaron sus aparatos científicos y no pudo hacer los proyectados estudios. Maravillado de la extraordinaria riqueza de los monumentos de la cultura prehispánica y de la abundancia de documentos históricos indígenas, decidió quedarse en México y consagrarse a una nueva disciplina científica: el estudio del idioma náhuatl y de los códices.

Hay que decir que el señor Aubin tuvo mucha suerte, sin la cual no es posible hacer grandes descubrimientos. Llegó a México en un periodo muy tempestuoso. En los años 1830-48 los pronunciamientos alternaban con los golpes de Estado. En el curso de 18 años hubo 26 cambios de gobierno, y guerras con Francia y con los Estados Unidos. ¡Quién se iba a interesar en esos años por la cultura prehispánica! Los que tenían el tiempo y el dinero necesarios preferían dedicarse a la política, y los que en verdad se apasionaban por esas investigaciones no disponían de los recursos indispensables. Pero el señor Aubin tenía tiempo y dinero —había fundado en México un liceo franco-mexicano—, y como extranjero no corría ningún riesgo. Engañó astutamente al personal de la aduana de Veracruz y llevó a París su valiosa colección, que allí hubiera permanecido desconocida hasta nuestros días de no ser porque don José Fernando Ramírez, sabio mexicano, durante su viaje a París en 1855 llegó a conocer al señor Aubin. Gracias a su intervención el coleccionista francés publicó parte de sus documentos, dándolos a conocer al mundo científico. En 1889, al perder considerable parte de su fortuna en acciones del canal de Panamá, viose obligado a vender su colección. El mexicano Peñafiel trató de comprársela, argumentando que no tenía valor alguno, “ya que en México se podían comprar por toneladas documentos similares”.

Por último, en 1889 toda la colección pasó a manos del señor Eugene Goupil, a quien la vendió el anciano ex profesor, temeroso de que los ladrones se la arrebataran. El señor Goupil, de padre francés y madre mexicana, tuvo al principio la idea de obsequiar la colección a la patria de su madre, pero al fin decidió dejarla en París.

Parte importante de la colección del señor Aubin la constituían documentos que antes habían pertenecido al famoso coleccionista y sabio italiano don Lorenzo Boturini (1702-1755), cuyo destino no es menos interesante que el de su colega francés.

Boturini llegó a México recomendado por doña Manuela de Oca Silva y Motehcuzoma, descendiente en línea recta del rey azteca. Aquí se consagró a coleccionar antiguos documentos mexicanos escritos en náhuatl. Profundamente religioso, comenzó al mismo tiempo a hacer acopio de documentos acerca de la aparición de la Virgen de Guadalupe, a la que se proponía coronar. Para lograr su

propósito y dar el mayor brillo posible a los festejos de la coronación hizo una suscripción pública que llamó la atención de las autoridades españolas. Desde luego, el Vaticano le otorgó el permiso, pero el sabio, distraído como la mayoría de los sabios, olvidó cumplir algunos requisitos que exigía el Consejo de Indias. Esta omisión encolerizó al virrey de la Nueva España. ¡Un extranjero que hace una colecta pública! ¡Y sin permiso del Consejo de Indias! Y fue así como nuestro héroe se encontró en la cárcel el año 1743. Sin dinero, casi sin comer, el orgulloso italiano, que no quería salir a la calle “sin traje digno de él y sin espada”, defendió tercamente sus derechos desde la prisión y se obstinó en no hacer el inventario de su colección, exigido por el virrey. Su rebeldía le valió ser trasladado a una celda todavía peor, destinada a presos comunes, en la que, “desprovisto de todo, abandonado, sin comida y con una mancha en el honor”, escribía ocurso tras ocurso clamando justicia. Cuando al fin tuvo que acceder a la voluntad del virrey de la Nueva España, el procurador exigió la extradición del extranjero indeseable.

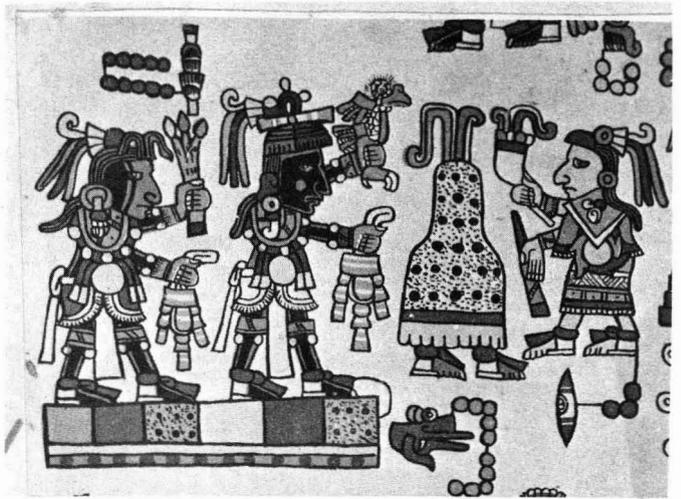
Boturini salió de México en el barco *La Concordia*, que hubo de llevarlo a España. Pero esta vez los dioses no le fueron benignos. *La Concordia* fue abordado por corsarios ingleses que quitaron al viajero lo poco que tenía, incluso el traje. Vestido de marinero, Boturini emprendió el viaje a pie desde Gibraltar hasta Cádiz. Al fin, rehabilitado por el Consejo de Indias, que dictaminó que “el señor Boturini es digno de escribir la historia de América, que... se le debe una indemnización por los daños sufridos... que sería recomendable que fundara en México una Academia similar a la existente en Madrid, y dedicada a la investigación sobre la Nueva España”, fue nombrado “historiador de Indias” por el rey Felipe V.

Sin embargo, Boturini no volvió a México; parte de su gran colección de documentos históricos de incalculable valor fue robada y en parte fue a parar a diversos museos del mundo. En México quedaron un códice y una calle que lleva su nombre.

No fue mucho mejor la suerte de otro hombre, Edward King, vizconde de Kingsborough, cuyos trabajos para el conocimiento de los antiguos manuscritos mexicanos son de imponderable importancia. Convencido de que los indios americanos eran descendientes de las diez tribus perdidas de los judíos, encomendó al dibujante A. Aglio la tarea de copiar los dibujos de los códices que tuvo oportunidad de ver en Londres en 1824, en una exposición consagrada al México antiguo. El propósito de Lord Kingsborough era darlos a conocer en Europa. Pero su noble intento lo llevó a la cárcel. Calculando mal sus posibilidades económicas, pidió dinero prestado y no tuvo con qué pagarlo y fue aprehendido. Murió en la cárcel de Dublín el 27 de febrero de 1837 de tifoidea, sin haber llegado a ver los dos últimos volúmenes de su obra, que fueron editados once años después de su muerte. A pesar de que su obra



3
Mientras que la
princesa se baña,
el príncipe 5 Flor
se perfora el
lóbulo de la oreja.



4
Ya preparada para
la boda, recibe un
homenaje de dos
sacerdotes.

sigue siendo para los estudiosos una fuente inagotable de información, en el Catálogo del Museo Británico se pone en olvido su nombre escatimándole mérito. La referencia en el catálogo se hace bajo el nombre de A. Aglio, artista que bajo su dirección, y por su encargo, ejecutó la parte técnica. También la Enciclopedia Británica pasa por alto el nombre del eminente investigador.

Robert Devereux, segundo conde de Essex, favorito de Isabel I, saqueó la gran biblioteca del obispo de Faro (Portugal) Gerónimo Osorio y fue decapitado en 1601. Entre los libros del obispo se encontró el famoso códice que hoy conocemos bajo el nombre *Bodley*²⁴, ya que fue Sir Thomas Bodley quien lo recibió como regalo del infortunado conde de Essex.

El inglés John Selden, nacido en Sussex en 1584 y notable coleccionista y conocedor de lenguas orientales, había sido encarcelado varias veces por defender los derechos del Parlamento. Liberado de la prisión en tiempo de Cromwell (1647-1660), dedicóse al estudio de manuscritos raros: hebreos, árabes, turcos y persas. Dónde y cómo encontró el hoy llamado códice *Selden*²⁵ será siempre un misterio. Lo único que se sabe es que durante muchos años ese bellísimo códice mixteco fue considerado un manuscrito oriental.

Por los casos expuestos podrá ver el lector que la suerte de los sabios consagrados a descifrar los secretos de los "libros pintados" ha sido, si no siempre trágica, sí llena de aventuras. La suerte de los propios códices también ha sido extraordinaria.

¡Niños, con eso no se juega!

La historia del códice *Borgia*²⁷ es tan increíble que no parece verdadera. Sin embargo, muchos investigadores autorizados la relatan, entre ellos el barón Alejandro de Humboldt. Este, que tuvo la oportunidad de conocer directamente el manuscrito, escribe: "Creo que el códice perteneció a la familia de los príncipes Giustiniani. No se sabe por qué infeliz coincidencia llegó a manos de la servidumbre, que sin comprender el valor de sus raras figuras lo entregó a los niños de la casa para que jugaran. Amante del arte antiguo, el culto cardenal Stefano Borgia lo rescató enseguida de manos de los niños, que habían tenido sin embargo tiempo suficiente para quemar las primeras páginas".

El códice, de 14 fragmentos y 10 metros de largo, es uno de los más bellos que se conocen. Su carácter augural, la historia del nacimiento de los dioses, el dual concepto filosófico que se expresa en las acciones de Quetzalcóatl, el dios bueno, y de su hermano gemelo Xólotl, el malo, han hecho de este códice una de las más importantes fuentes de información acerca de los mitos de los antiguos mexicanos.

En cuanto a la historia del códice, lo único que se sabe con plena seguridad es que a fines del siglo XVIII pertenecía al

cardenal Stefano Borgia, muerto el año 1804 en Lyon, a donde había ido como miembro de la comitiva papal para la coronación de Napoleón I. La víspera de su muerte legó su colección de documentos a la *Santa Congregazione di Propaganda Fide*, y entre ellos se encontraba el precioso códice. Posteriormente la familia del cardenal trató de recuperar la colección, pero perdió el proceso instaurado para lograrlo. Desde 1883 el códice mixteco se exhibía en el Palacio de la Congregación, sede del Museo Etnográfico, cuyas ventanas dan a la plaza de España. Hace pocos años fue trasladado a la Biblioteca Vaticana.

Tomando café. . .

Esto ocurrió en una reunión social o, como diríamos ahora, en un coctel, en Florencia, el año 1900. El *signore* Pasquale Villari, senador y ex ministro de Enseñanza Superior, contaba a la estudiosa norteamericana Zelia Nuttal cómo hacía treinta años que buscaba en la biblioteca de San Marcos datos biográficos para sus libros sobre Savonarola y Maquiavelo. "Imagínese usted —le dijo entre sorbo y sorbo de café— que un día entró en el salón en que solíamos reunirnos los estudiantes de Florencia un fraile llevando un raro libro que había encontrado en la biblioteca. Nadie supo decirle de qué trataba el libro, Los de *Propaganda Fide* opinaban que "probablemente había sido hecho para entretener a los niños, pero es tan simple que en vez de entretener aburre". . .

"Inmediatamente me di cuenta —agregó el *signore* Villari— del inmenso valor del manuscrito, y recomendé al fraile que lo cuidara celosamente. El tempestuoso periodo político que sobrevino en Italia a fines del siglo pasado dio por resultado la clausura de las órdenes religiosas, y la biblioteca de San Marcos pasó a manos del Estado. Cuando volví a la biblioteca, después de algunos años, el códice había desaparecido y lo único que pude averiguar es que había sido vendido a un rico inglés que vivía en Florencia y quien, a su vez, lo había obsequiado a un amigo de Inglaterra. . ."

El *signore* Villari terminó su café. Los invitados comenzaron a despedirse. La señora Nuttal tenía prisa, porque al día siguiente saldría de Florencia. Se fue, en efecto, pero la conversación con el estudioso italiano no le dejó punto de reposo. Todo el año siguiente lo dedicó al estudio de los códices mexicanos, hasta llegar a la conclusión de que ninguno de ellos era el que había visto su amable interlocutor. Decidió volver a Florencia y emprender la búsqueda por su cuenta.

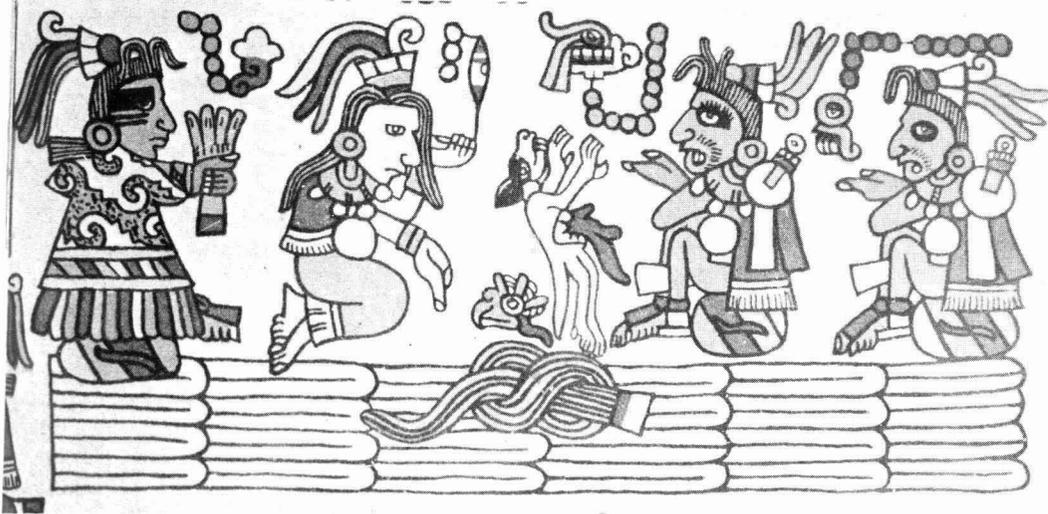
En su prefacio al manuscrito mixteco, la señora Nuttal explica: "Con ayuda del *signore* Villari pude averiguar que el códice había sido obsequiado a Sir Robert Curzon, 14° barón de Zouche, poseedor de una excelente colección de manuscritos raros que consultaba para conocer 'el arte de escribir'. Comencé, pues, por revisar página por página el catálogo de su biblioteca. Y realmente



5
La princesa
está dando
a luz y entra
al baño...



6
...para
reaparecer con
el símbolo del
caracol,
rodeada de
cuatro
sacerdotes.



7
Junto con el príncipe 5 Flor
deposita una ofrenda ante dos
sacerdotes: sacrifican a un perro
y un pájaro.



8
Probablemente para asegurar su
felicidad o agradecer su feliz parto
quema un incienso ante un sacerdote.



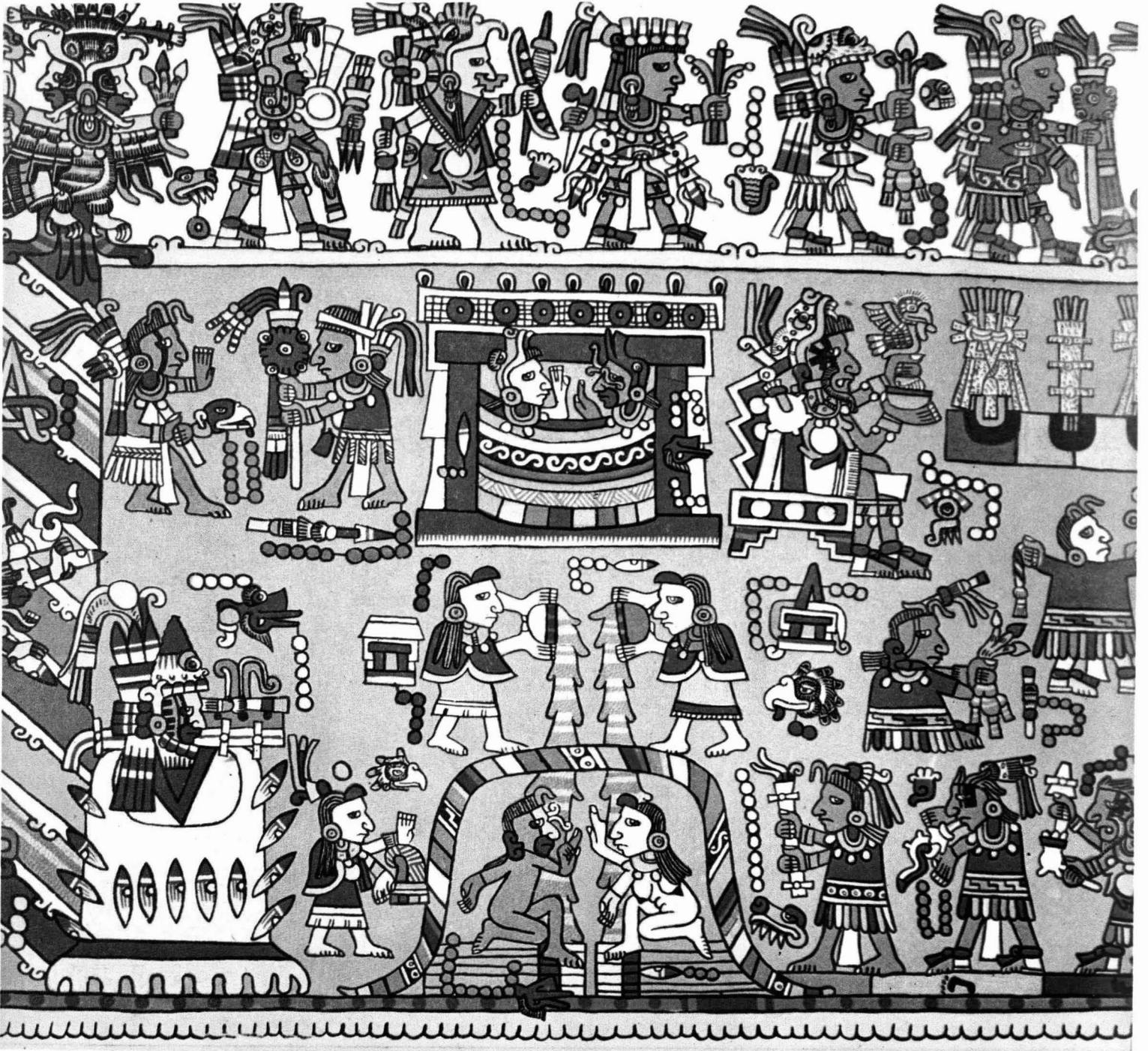
9
Ignoramos la suerte
del príncipe 5
Flor y vemos a la
princesa 3 Pedral
llevada a cuestas
para su segundo
matrimonio con el
príncipe 12 Viento.



10
En el baño ritual
con su segundo
esposo, el 12
Viento.



11
La pareja real en el lecho
nupcial...



12
El esplendor
de la boda...

DIOSES

(Códice Borgia)



allí figuraba el códice²⁴. A la muerte de Sir Robert, en 1873, pasó a manos de su hijo, Robert Nathaniel Cecil George Curzon, 15^o barón de Zouche. Gracias a su amabilidad pude familiarizarme con el manuscrito, y cuando pasó a ser propiedad del Museo Británico pude estudiarlo con más detenimiento y publicarlo por vez primera, el año 1901...

Una historia que comienza con las palabras “Lo más probable. . .”

La historia del más bello e importante códice mixteco comienza con estas palabras: “Lo más probable. . .” Nada en esa historia es seguro; no se sabe quién lo encontró, ni dónde. Los datos que conciernen a su viaje a España están envueltos en el misterio, y todavía son más nebulosos los que se refieren a cómo llegó a Portugal, de Portugal a Italia y de Italia a Alemania.

“Lo más probable” es que este “libro pintado” haya sido enviado por Cortés junto con otro códice (¿el *Nuttal*?), como obsequio al emperador Carlos V. “Lo más probable” es que haya sido encontrado en uno de los muchos templos de los alrededores de Veracruz. Lo seguro es que los primeros presentes enviados por Cortés al emperador llegaron a Sevilla el 5 de noviembre de 1519, y es posible que entre esos presentes estuviese el *Codex Hieroglyphicorum Indiae Meridionalis*. Pero Carlos V disfrutaba entonces unas vacaciones en Molino de Rey y no vio personalmente los obsequios, ni los menciona. Pero los vieron los sabios Juan de Oviedo y Pietro Martire d’Anghiera, autor del famoso libro *De Orbe Novo Decadas Octo*, aunque ninguno habla del “libro pintado”. Tampoco habla de él Alberto Durero, que un año después tuvo oportunidad de admirar, en Bruselas, los tesoros recibidos por Carlos V. Queda, pues, envuelta en la oscuridad esta parte de la historia del bellísimo códice.

El segundo acto transcurre en la corte de Manuel I, rey de Portugal. Carlos V y Manuel I estaban unidos por complicados vínculos de parentesco. Manuel casó tres veces con parientes de Carlos: las dos primeras, con sus tías Isabel y María, hermanas de Juana *La Loca*, madre de Carlos. En terceras nupcias se unió con Leonor, hermana de Carlos. Y después de la muerte de Manuel el mismo Carlos casó con la hija de éste, Isabel. . . Estos intrincados vínculos entre las dos cortes hicieron pensar a los investigadores que bien pudo Carlos V obsequiar a su cuñado y suegro *post mortem*, en una de sus bodas, el códice americano.

“Lo más probable” es que Manuel, a su vez, obsequiara el códice al papa Clemente VII, que éste lo donara al cardenal Ippolito dei Medici, a quien no le trajo suerte, porque en agosto de 1535 murió envenenado.

Termina aquí el segundo acto de la historia del códice llamado *Vindobonensis*. El acto tercero transcurre en Alemania, a donde el códice llegó por vías no bien comprobadas. Del Colegio de

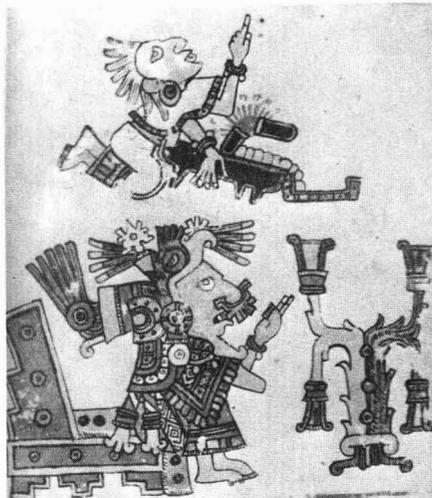
Cardenales de Clemente VII formaba parte el cardenal Nicolaus von Schomberg, de ascendencia germana. Y “lo más probable” es que después de su muerte el códice haya llegado a Alemania junto con los bienes personales del prelado, y que allí lo haya guardado su familia.

Quien estudió por vez primera el códice —y aquí sí podemos decir que con toda seguridad—, en Weimar, en 1650, fue el famoso filólogo Job Ludoff, conocedor del idioma etiope. Fue él, también, el primero en publicar sus dibujos. El mundo conoció la existencia de este raro manuscrito en 1677, cuando el príncipe Juan Jorge de Sajonia-Eisenbach lo obsequió al emperador Leopoldo I, que lo depositó en la Real Biblioteca de Viena, designada después Biblioteca Nacional Austriaca. Ahí se encuentra actualmente. Durante su peregrinación, el códice cambió de nombre 18 veces, hasta que fue definitivamente clasificado en la biblioteca de Viena como *Codex Mexicanus I*. Sin embargo, en México sigue siendo llamado generalmente códice *Vindobonensis* o códice *Vienna*. Pesa dos kilos 697 gramos.

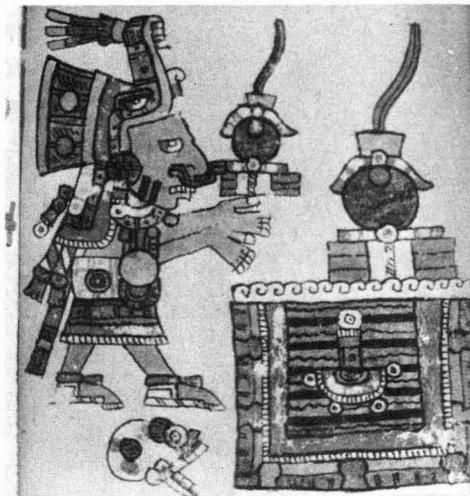
Con la frase “Lo más probable” puede empezar también la historia de otro códice famoso: el códice *Laud*. Probablemente este manuscrito fue llevado a Inglaterra desde España por el príncipe de Gales cuando fue a este último país, en 1623, para ver a la que sería prometida del monarca británico. Probablemente el códice fue un obsequio real y el príncipe, a su vez, lo obsequió al arzobispo de Canterbury, William Laud (1573-1645), quien fue también canciller de la Universidad de Oxford y en 1636 legó su biblioteca a la *Bodleiana*, fundada por Sir Thomas Bodley en 1602. El canciller cometió un error indigno de un sabio de su estatura: escribió de su puño y letra, sobre el códice, *Liber Hieroglyphicorum Egiptiorum*. . . Hoy esta equivocación no parece tan extraña, porque sabemos que durante muchos años el códice *Cospi*²⁷ fue considerado un libro chino, y el *Selden* un misterioso manuscrito oriental. . .

No llegó a manos del rey

Don Antonio de Mendoza, tercer hijo de don Iñigo López de Mendoza, segundo conde de Tandilla, primer marqués de Mondéjar y primer virrey de Granada, tiene no pocos méritos como primer virrey de México. Es indudable que gobernó con mano dura, pero a su iniciativa se deben la fundación del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco y la de la Universidad. El instaló la primera casa de moneda de México, y sin saberlo influyó en el cambio de la inscripción de las monedas españolas. Fue él quien patrocinó las expediciones de tres famosos viajeros: Juan Rodríguez Cabrillo, que descubrió las Californias; Diego Campo, que llegó a las riberas de la mar del Sur en Perú, y Ruy López de Villalobos, que arribó a las Filipinas. Para el rey de España estos descubrimientos



1
Xochiquétzal,
Diosa de las Flores
y del Amor.



2
Chalchiuhtlicue,
Diosa del
Agua Viva.

señalaban los límites del mundo, y ordenó que en su escudo las palabras *Plus ultra* aparecieran entre las columnas de Hércules. . .

Sin embargo, el mayor mérito de don Antonio de Mendoza es el códice elaborado por orden suya. Este códice consta de tres partes. En la primera se relata la historia de los primeros reyes de Tenochtitlan, hoy llamada México; la segunda y la tercera partes son una fuente inagotable de información acerca de la vida y costumbres de los indios en la primera mitad del siglo XVI.

Nunca se sabrá qué movió a don Antonio de Mendoza a disponer que se pintase el códice²⁸; tal vez actuaba como un mecenas del Renacimiento; tal vez simplemente como un hombre a quien gustaba coleccionar cosas raras. Para nosotros el distingo no tiene ya valor alguno: lo importante es que don Antonio dejó a la posteridad un documento precioso para el estudio de la vida indígena.

El virrey Mendoza decidió obsequiar a Carlos V el valioso manuscrito, y he aquí al códice, traducido al español por un misionero que firmó su versión con una modesta letra *J*, navegando hacia la isla Española (Santo Domingo). Pero Carlos V, cuyo título era ya el de "rey de ambos mundos", no pudo recrear sus reales ojos con el obsequio. El barco fue capturado por los franceses y el manuscrito pasó a manos del conocido viajero y escritor André Thevet. Treinta años después, por el 1560, fue comprado por el capellán inglés Richard Hakluyt por una ridícula suma que hoy equivaldría a cinco libras esterlinas. Dos veces más cambió de manos el códice, hasta parar en la colección de John Selden y constituir una joya entre sus 8 000 volúmenes. Hoy se encuentra en la biblioteca de Oxford, junto a los códices *Nuttal*, *Laud*²⁹ y *Selden*. Al legarlo a la biblioteca universitaria. Jhon Selden escribió sobre él, en griego: "Ante todo, libertad".

Cómo el príncipe casó con la princesa

He aquí la breve historia, tal como la cuentan los "libros pintados". Fue descifrada por el eminente arqueólogo y antropólogo mexicano Alfonso Caso.³⁰ Pero antes de relatarla debemos explicar algunos nombres que a los no enterados pueden parecerles ridículos.

La historia del casamiento de la pareja principesca es relatada lo mismo en el códice *Nuttal* que en el *Bodley*, ambos mixtecos y ambos estudiados por el doctor Caso.

Los mixtecos, como la mayoría de los pueblos de Mesoamérica, daban al recién nacido el nombre del día en que llegaba al mundo. El *tonalpohualli* o calendario augural tenía 20 días con sus nombres propios: 1, cocodrilo; 2, viento; 3, casa; 4, lagartija; 5, serpiente; 6, muerte; 7, venado; 8, conejo; 9, agua; 10, perro; 11, mono; 12, hierba; 13, caña; 14, jaguar; 15, águila; 16, zopilote; 17, movimiento; 18, cuchillo de pedernal; 19, lluvia; 20, flor. Con

estos signos de los días, del 1 al 20, se relacionaban continuamente los números del 1 al 13, formando un periodo de 260 días, que constituía la base de los augurios y de las especulaciones astronómicas y astrológicas. Las dos series de números y signos de los días corrían paralelas, esto es, la segunda serie de 20 signos comenzaba con la cifra 8, la tercera con la cifra 2, la cuarta con la cifra 9, la quinta con la cifra 3, y así sucesivamente, hasta que después de contar 13 veces 20 volvía a aparecer un día con la combinación 1-1.

El *tonalpohualli* o "cuenta de los días" tenía carácter benéfico o maléfico, según la combinación de los números con los signos. El influjo de un signo podía ser anulado por una mala cifra, y a la inversa, y el valor presagioso de toda una sucesión de días dependía con frecuencia del signo del día inicial. Por ejemplo, la fecha "1 conejo" pudo ser considerada fecha infausta porque una noche, bajo el reinado de Moctezuma I, una racha fría y una plaga de langostas arruinaron los maizales. Para librarse de los influjos nefastos se fijaba la fecha de un bautizo o de una boda, de un viaje o del comienzo de una guerra en un día favorable.

Volvamos ahora a la historia de la boda del príncipe "5 Caña" con la princesa "3 Serpiente".

En los principios fue Quetzalcóatl, dios del viento y de la vida, que nació el día "9 Viento", del año "10 Casa", que en el calendario cristiano corresponde al año 697. Quetzalcóatl tuvo un hijo, "4 Movimiento", que casó con la joven "6 Aguila", cuyo sobrenombre era *Papagayo-Flor de Maíz*. De ellos nació "5 Viento", apellidado *Lluvia que Cae*, quien casó a su vez con la bella "9 Lagartija", *Lluvia-Serpiente de Quetzal*. Su hijo, el príncipe "5 Caña", *Lluvia-Flecha*, es precisamente nuestro héroe y debe haber nacido alrededor del año 810.

Los padres de una bellísima princesa —las princesas siempre son bellas— llamada "3 Serpiente" (*Flor de Xólotl*), el honorable "7 Movimiento" (*Lluvia-Tigre*) y su esposa "7 Hierba" (*Lluvia-Maíz*), llegaron a la conclusión de que un biznieto de Quetzalcóatl sería un buen marido para su preciosa hija, y mandaron un emisario a los padres del joven príncipe. El doctor Caso, quien piensa que fue ésta la primera embajada en la historia de México, describe así el suceso: "El embajador, a quien acompañaba el sacerdote llamado "1 Viento", se presentó ante los padres del príncipe, dando humildemente su embajada y entregando como presente un pectoral de oro y un adorno de jade".

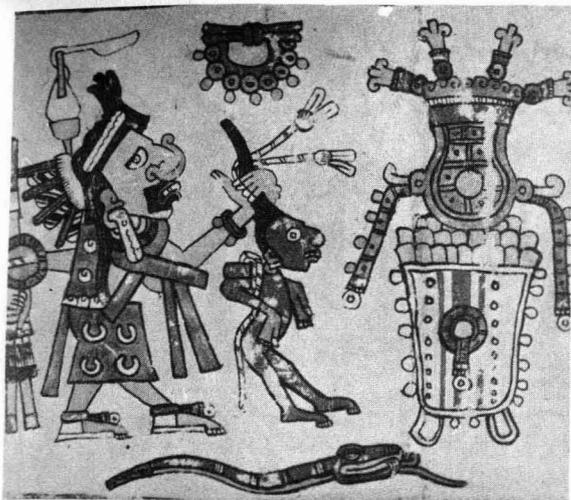
El padre del príncipe "5 Viento" aceptó los presentes y consintió en que su hijo fuese al lugar donde vivía la princesa, para fundar allí una dinastía cuyos reyes serían descendientes de Quetzalcóatl. La comitiva emprendió el viaje el día "7 Tigre" del año "5 Conejo", que probablemente correspondería al año 882 de la era cristiana. El príncipe debe haber sido de pequeña estatura, si

1
Los padres
de la princesa.



2
La embajada.
El embajador I Lagarto
entrega los regalos
al rey "Dzahuindanda".





3
Tlazoltéotl,
Diosa de las
Inmundicias.



4
Tezcatlipoca,
caminante
celeste.

lo carga el sacerdote "1 Viento", como puede verse claramente en el dibujo.

La historia de esta dinastía podría extenderse hasta varias generaciones pero nosotros la terminaremos aquí con las palabras usuales de los cuentos: "Y muchos años vivieron felices. . ."

NOTAS

1. Códice Aubin o Códice de 1567, documento de pinturas figurativas que relata la historia de la ciudad de México en los primeros años de la Colonia, de 158 pág. El original fue robado, pero la copia de León y Gama se conserva en la Biblioteca de París.
2. Los 15 códices según Miguel León-Portilla (*Catálogo de los Códices Indígenas del México Antiguo*. México 1957) son los siguientes: 1) Borbónico. 2) Tonalamatl de Aubin. 3) Códice Azcatlán. 4) Cozcatzin. 5) Códice de Cruz. 6) Códice Mexicano. 7) Códice Telleriano Remensis. 8) Códice Xólotl. 9) Genealogía de los Reyes chichimecas. 10) Historia Tolteca Chichimeca (Anales de Cuauhtinchan). 11) Mapa Quinatzin. 12) Mapa Tepechpan. 13) Mapa Tlotzin. 14) Pintura Nr. 10 de la colección Goupi-Aubin. 15) Peresianus.
3. Torquemada, Juan: *Los veinte y un libros rituales y Monarchia Indiana*. Madrid 1723. "Solamente los rabinos (sacerdotes) sabían leer los tonalamatl". También Sahagún menciona un sacerdote tonalpouhque que leía el horóscopo de un niño recién nacido de un tonalamatl.
4. León-Portilla, Miguel: *Los antiguos mexicanos*. Fondo de Cultura Económica, 1961, pág. 61.
5. Códice Dresdensis. Considerado como un códice más antiguo. Se encuentra en Dresden.
6. Códice Peresianus. Se encuentra en la Biblioteca de París. De carácter cronométrico y astronómico. Publicado por vez primera en París en 1887.
7. Códice Tro-Cortesianus. Su nombre proviene de la contracción del nombre de su antiguo poseedor: D. Juan Tro y Ortolano.
8. R. Piña Chan (*A guide to Mexican Archeology*. pág. 97, México, 1969) considera que no se conoce ningún códice de procedencia prehispánica; Miguel León-Portilla (*Los antiguos mexicanos*, pág. 55) considera que de los nueve códices aztecas "tal vez sólo dos son de confección prehispánica".
9. Códice Boturini o la llamada Tira de la Peregrinación. Se encuentra en la Biblioteca del Museo de Antropología e Historia de México. Cuenta la Peregrinación de los aztecas desde Aztlán hasta cerca de Tenochtitlán. Está constituido por una tira de papel de maguey pintada en negro.
10. Robertson, Donald: *Mexican Manuscript Painting of the Early Colonial Period*. Yale University Press, pág. 14.
11. Zumárraga, Juan (1468-1548) primer obispo y arzobispo de México; introduce la imprenta, interviene en la fundación de la Universidad y del Colegio de Sta. Cruz de Tlatelolco.
12. Landa, Fr. Diego de (1524-1579) franciscano. Durante 30 años se entrega a la evangelización de los mayas. En auto de fe, siendo obispo de Yucatán, quemó cantidad de códices. Autor de *Relación de las Cosas de Yucatán*.
13. Clavijero, Francisco Javier (1731-1787) autor de *Una historia antigua de México*, escrita en castellano pero publicada por vez primera en italiano. Hasta ahora el libro es considerado como un libro clásico sobre el continente americano.

14. Krickeberg, Walter: *Las antiguas culturas mexicanas*. Fondo de Cultura Económica, 1961, pág. 16.
15. Sahagún, Fray Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España*. Prep. por el Dr. Garibay. Ed. Porrúa, México, 1956.
16. Tezozómoc, Fernando Alvarado: *Crónica Mexicayotl*. Pub. del Instituto de Historia. Ser. I, 10, México, 1949.
17. Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva: *Historia Chichimeca*. Obras Históricas. México, 1892.
18. Chimalpahin Quauhtlehuanitzin, Domingo: *Diferentes historias originales de los reynos de Culhuacán y México, y de otras provincias*. Übersetzt und erclautert von Ernst Mengin, Hamburgo, 1950. Sixième et Septième Relations, 1358-1612. Publiés et traduites par Remi Simeón. París, 1889.
19. *Codex Borbonicus*: Manuscrit mexicain de la Bibliothèque du Palais Bourbon. Publié par E.T. Hamy. París, 1899. Consta de 36 hojas de papel maguey.
20. *Codex Vindobonensis Mexicanus*: I Faksimileausgabe der mexikanischen Bilderhandschrift der Nationalbibliothek in Wien, ed. Walter Lehmann and O. Smital. Vienna, 1929. Es una larga tira de piel de venado de 13.55 ms. de longitud por 22 cms. de altura.
21. *Codex Telleriano-Remensis*: Manuscrit mexicain du cabinet de Ch. M. Le Tellier, archevêque de Reims à la Bibliothèque Nationale (MS. mexicain No. 385) Reproduit en photochromographie aux frais du duc de Loubat, ed. E.T. Hamy. París, 1899. El volumen tiene 32 por 22 cms. y se nota en él una clara influencia europea.
22. *Codex Humboldt*: Está constituido por 14 fragmentos de escritura jeroglífica sobre agave americana y su carácter es, al parecer, histórico.
23. Códice Nuttal: Facsimile of an Ancient Mexican Codex belonging to Lord Zouche of Harynworth, England, with an Introduction by Zelia Nuttal. Cambridge, Mass. 1902.
24. *Codex Bodley*: Pintado en una tira de piel de venado de 11.60 mtr. de longitud por 26.5 cms. de altura. Se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Oxford.
25. *Codex Selden*: Escrito sobre una tira de piel de venado de 7.56 mtrs. de longitud por 27.5 cms. de altura.
26. *Codex Borgia*: Il manuscritto messicano borgiano del Museo Etnografico della Santa Congregazione di Prop. Fide. Roma, 1898. Escrito sobre una tira de piel de venado 10.34 mts. por 0.27; en 14 fragmentos. Cada hoja tiene 27 cm. de altura por 26.5 cm. de anchura.
27. *Codex Cospi*: Perteneció al marqués Fernando Cospi quien lo donó a su ciudad natal de Bolonia. En su portada había antes una inscripción que decía: libro della China donato dal Sigr. Co. Valerio Sani al Sigr. March Cospi il di XXVI di M.D.C.L.XV. Más tarde se borró della China y se escribieron las palabras: *Del Messico*. No se sabe como llegó a Europa. Se compone de una tira de piel de venado de 3.70 mtrs. de longitud por 18.2 cms. de altura.
28. *Codex Mendoza*: The Mexican Manuscript Known as the Collection of Mendoza and preserved in the Bodleian Library, Oxford. London, 1938. Escrito sobre papel europeo.
29. Códice Laud: Introd. Selec. y notas Carlos Martínez Marín. Inst. Nac. de Antr. e Historia, México, 1961.
30. Caso, Alfonso: "El primer embajador conocido en América". *Cuadernos Americanos*, Nr. 100, Año XVII.
- Caso, Alfonso: "Explicación al reverso del Codex Vindobonensis", *Memoria de El Colegio Nacional*, 5 Nr. 5. México, 1951.
- Caso, Alfonso: *El pueblo del Sol*. Fondo de Cultura Económica. México, 1953.

3
Un sacerdote llamado
1 Viento,
carga al príncipe 5 Caña.
El año es 5 Conejo
y el día 7 Tigre.

